

# Una voz en la oscuridad: Alejandro Aguilar Machado

Por Alicia Miranda Hevia \*

Vive en una casa resguardada del paso del tiempo, donde lo que era antes un pueblo se está convirtiendo en un barrio de San José. La electricidad se ha ido y no volverá en toda la tarde. En una habitación con las paredes tapizadas de retratos y diplomas, nos recibe un hombre mayor que el siglo. Camina con dificultad, pero en la voz quebrada resuenan todavía ecos poderosos. Como por ahí entra un poco de luz, se sienta cerca de la ventana. En el día gris, es como la visión que Rembrandt tuvo del hombre sabio, sentado a la par de la ventana cerca de la luz, mientras el resto de la habitación está en tinieblas.

Alejandro Aguilar Machado nació en la casa de los Mora, cerca del Parque Central, en otro siglo, en 1897; en otra ciudad, una capital de treinta mil habitantes. Estaba en el liceo cuando ocurrió el gran terremoto del 4 de mayo de 1910. Se formó en una época de impulso y progreso material. A la vez, la ciudad estaba curiosamente protegida y aislada. En el San José de su época juvenil no había diplomáticos, sólo cónsules: no se mantenían relaciones internacionales. Las costumbres de afuera no eran imitadas.

Salió del Liceo de Costa Rica cuando la segunda enseñanza tenía prestigio incomparable, pues al no haber universidad la sustituía. Era un honor ser profesor o alumno del Liceo. Por ello, los hombres más notables de la época con orgullo ejercían ahí el profesorado. Se graduó de abogado y comenzó su carrera con brillantes auspicios.

Al mismo tiempo trabajaba en el Liceo de Costa Rica. Poco después cerró su bufete y por 125 colones mensuales se dedicó de lleno a lo que salía del fondo de su alma.

Empezó a surgir, a dar más lecciones, nuevas materias, y finalmente llegó a ser director del Liceo de Costa Rica, luego del Colegio San Luis Gonzaga, y por último, durante la administración de León Cortés, ministro de Educación, con lo que logró ocupar todos los puestos de la carrera docente en aquel entonces.

Cuando fue Ministro de Educación tuvo que armonizarse, en primer lugar, con el sistema de equilibrio y orden impuesto por León Cortés. Como el Presidente, el Ministro Aguilar Machado salía a diferentes zonas del país para visitar las escuelas, orientar a los maestros y mejorar el servicio docente. Redactó una nueva ley de educación pública, que se discutió en la

Asamblea Legislativa, pero no pasó a más. Se enorgullece en afirmar que, cuando el Ministerio de Educación estuvo a su cargo, hubo un orden tan completo y tan perfecto que en ese departamento mereció respeto para tirtos y troyanos.

Desearía repetir en la vida, de ser posible, su magisterio. Según don Alejandro, no hay nada comparable a la segunda enseñanza. El profesor de la universidad se concreta a articular claramente un buen discurso, pero el director de la segunda enseñanza debe actuar como un segundo padre de sus alumnos, y en ese concepto descubrir en cada uno de ellos lo que el muchacho no ha podido o no ha querido descubrir a los padres.

Aquí se prueba el verdadero profesor de segunda enseñanza, y por ello conquista para siempre el afecto de sus discípulos.

Ello explica que durante la administración de Daniel Oduber lo hayan honrado con una medalla de oro macizo. Lleva una inscripción: "A don Alejandro, de sus alumnos." El Presidente insistió en colocársela él mismo en la Casa Presidencial.

Han sido discípulos suyos y los nombra: presidentes de la república, directores de bancos, directores de periódicos, ministros, diputados, médicos célebres, abogados...

No sólo sus alumnos le han hecho homenajes. El cantón de Alajuelita lo nombró ciudadano distinguido, y la ciudad de Cartago, hijo dilecto. La Asamblea Legislativa lo declaró Benemérito de la Patria, el 16 de noviembre de 1981.

En otros tiempos, se habló de su candidatura a la presidencia de la república. Pero salió hacia México, para vivir un tiempo allá, porque esas posiciones le interesarían sólo de lejos y servidas por amigos suyos. Según él, ocuparlas hubiera

comprometido su salud, a causa del estricto orden que imponía y del sentimiento afectuoso que desarrollaba hacia sus subordinados.

Después de pasar cincuenta años en la docencia y de haberse pensionado, considera que el consejo que puede darse a los que enseñan es de pensar en el progreso de Costa Rica y no en el sueldo o los honores personales. Deben querer a sus alumnos casi como hijos propios y desear para ellos todo género de dicha y felicidad. El que no puede hacer estas cosas debe dedicarse a otra actividad, ya que no sirve como educador.

Don Alejandro vive preocupado por la crisis más grande que recuerde, en lo social y económico, que vive nuestro país. Sabe que la crisis es universal y que todos los gobiernos y países se quejan de males análogos; pero le duele, a pesar de ellos, que tanto haya conmovido a nuestra patria y que algunos de nuestros gobernantes la soportaran con indiferencia animada.

\* Alicia MIRANDA HEVIA (San José, 1952). Escritora y crítica. Doctora en Literatura por la Universidad de París III. Ha publicado: San Isidro (Novela, San José, 1980), Introducción a la historia literaria de Costa Rica (ensayo y antología, en LITERATURAS IBERICAS Y LATINOAMERICANAS CONTEMPORANEAS, París, 1981, artículos en periódicos y revistas de América y Europa. Enseña en la Universidad de Costa Rica.

Según don Alejandro, crisis parecida nunca ha habido, porque nunca ha valido menos la moneda nuestra. Para él, en el país ha habido dictaduras y luchas civiles, pero la moneda era estable. Recuerda que en el tiempo de Rafael Yglesias el dólar valía dos colones y quince céntimos. En la reducción del valor de la moneda, según él, algo tiene que ver el exagerado gasto público, las deudas y préstamos millonarios, y las emisiones sin respaldo. Piensa que, afortunadamente, en estos momentos guardamos la libertad y el respeto democráticos, aunque con una moneda que no vale nada.

En estos momentos, don Alejandro, debido a la fragilidad del cuerpo que resiente el paso de los días, no sale prácticamente. Lamenta mucho no poder asistir a los homenajes que siempre recibe. Actualmente está releyendo a sus autores favoritos, como Oscar Wilde y Herman Hesse. Relee a los clásicos en lengua española, a Cervantes, a Dario, Admira y aplaude las cosas buenas escritas por los autores nacionales, como Jesús Jiménez, Joaquín García Monge, Claudio González Rucavado.

La voz, aunque delgada, conserva su energía. Sigue hablando, contando sus lecturas, sus experiencias, discute de filosofía, del hombre y del universo, del destino, de la tragedia de la soledad. Es una muestra viviente de la dignidad humana que sigue luchando contra la oscuridad que todo lo invade, contra los embates del tiempo, contra este mundo perdedero... En la oscuridad resuena, con ecos de oro puro, la voz de Alejandro Aguilar Machado.